

## SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Nerone Silvestri. Archivo: Eliana Silvestre, 2006.



Nerone posa para la imagen rodeado de sus hijos Flavio, Renato y Eliana. Archivo: Eliana Silvestre, 2006.



El triestino recorriendo los parajes mineros.



Siempre simpático, rodeado por tres "cholitas" cochabambinas. Archivo: Eliana Silvestre, 2006.

### LOS SILVESTRI SARMIENTO

A Nerone Silvestri nadie le podía quitar de la cabeza el sueño anhelado de poseer una mina. Con 27 años cumplidos, el joven oficial de la marina mercante italiana aún no descartaba cumplir su anhelo más deseado: ser ingeniero de minas para así escudriñar las ricas entrañas donde la tierra atesoró desde siempre los más diversos y codiciados minerales. Por supuesto que tuvo que esperar un par de años antes de conseguir sus propósitos, todavía le quedaban pendientes un par de aventuras por recorrer alrededor del planeta. Como oficial de marina debía realizar viajes constantes por lugares diferentes y muchas veces impensados. Así, cruzando océanos y sorteando temporales, Nerone recorrió maravillado las costas pacíficas de América del Sur y fue precisamente en Chile donde quiso establecerse por un periodo de tiempo indeterminado. Asombrando por ese nuevo mundo que le rodeaba, tan distinto y distante de su natal Capriva, quiso poner rápidamente en funcionamiento todos los planes e ideas que había postergado por circunstancias, hasta ese entonces, ajenas a su voluntad. Santiago, la floreciente capital chilena, atrajo su atención a tal punto que decidió buscar empleo y a la vez iniciar los añorados estudios de geología. Nerone asumió el reto con la fortaleza y gallardía que su juventud le confería, además tenía un carácter exquisito que lo empujaba a emprender empresas arriesgadas y de toda envergadura. Estudiar tan lejos de casa no iba a resultar sencillo, más aún teniendo un idioma distinto como herramienta de consulta, pero Nerone era hombre de espíritu fuerte y esa fortaleza parecía amoldarse adecuadamente a su figura atlética y garbosa. Sin embargo, los imprevistos – que por lo general gustan ir a todas partes siguiendo a la sorpresa tal cual lo hacen las rémoras cuando van adheridas a la piel áspera del tiburón en el océano– llegaron acompañando las noticias

desalentadoras que traían los últimos acontecimientos de la contienda bélica en Europa. El ex oficial de la marina no caviló más y, seguro de la decisión tomada, hizo maletas y regresó a Italia dispuesto a servir al ejército en los campos hostiles de Avicinia, en África. La experiencia fue amarga más no dejó de ser aleccionadora, Nerone cumplió con su deber ciudadano y, una vez terminada su participación militar en aquellas remotas latitudes, retornó tranquilo hasta las serenas tierras australes de Sudamérica. Los estudios continuaron sin mayores inconvenientes y el título de ingeniero geólogo reposó finalmente entre sus manos. Ahora debía poner en ejecución todos sus conocimientos y no desechar oportunidades. Él se entero, desde su llegada a Chile, de la existencia discreta de una nación vecina que, aunque poco nombrada en las rutas de los viajeros europeos, encerraba en sus montañas y suelos riquezas minerales de valor inestimable. Nerone dio dos pasos seguros y largos, tan largos como sólo sus piernas extensas y templadas se lo podían permitir, hacia la frontera norte donde se hallaba su destino: Bolivia.

### **Un nuevo miembro en la familia**

Para Galo Sarmiento pocas cosas estaban prohibidas. El poder económico que ostentaba y la trascendencia social que su encumbrada silueta desprendía en la sociedad boliviana parecían aliados eternos que difícilmente podrían confabular plan o acción alguno en contra del viejo empresario. Su fortuna se sustentaba, en buena parte, en el complejo minero que poseía en aquel vergel de los minerales. Fulgente, el estaño brotaba de las vetas mineras de Galo como si se tratase de un torrente sanguíneo que corre veloz y fluido a través de las venas y arterias del cuerpo humano. Sabedor de los enormes beneficios que le prodigaban los socavones, el magnate edificó alrededor suyo un verdadero imperio minero. Su nombre trascendía y no pocos trabajadores del subsuelo boliviano se complacían en estrecharle la mano cuando éste se aproximaba a los campamentos para realizar una visita de inspección cotidiana. Como todo hombre de negocios, Sarmiento tenía el tiempo medido y las pocas horas que el trabajo le concedía las invertía sagradamente en la formación de su hija Rosa. Rosa o Rosita –como la llamaban quienes entablaban amistad con ella– creció en un ambiente alejado de cualquier privación y sus estudios los realizó en las mejores escuelas europeas de aquellos años. Así, la joven adquirió cultura y sus inclinaciones artísticas –la música clásica le fascinaba– se vieron compensadas con sus gratas interpretaciones de piano en célebres conservatorios de música del Viejo Continente. Rosita vivió en un mundo de fantasía mientras residió en Europa. Las satisfacciones personales se incrementaban y casi siempre se debía a sus logros académicos y artísticos. Asimilaba lo europeo de una manera voraz y placentera como si hubiese sido concebida en aquellas tierras lejanas. Todo hacía parecer que su vida transcurriría entre los destacados conservatorios de Italia y la blancura nivea de las vacaciones en los Alpes suizos. Sin embargo, fue la inesperada enfermedad del padre la que aceleró su retorno a Bolivia. Agotada por el extenso viaje y sintiéndose extraña y forastera en su propia tierra, la hija de Sarmiento llegó para alegrar el corazón desfalleciente de su padre que yacía postrado en un catre esperando las horas finales de su existencia. A la muerte de Galo, Rosita pasó a ser la heredera directa de cada uno de los bienes del acaudalado empresario. Desde ya, toda responsabilidad y obligación contraída por su antecesor corría por cuenta de ella. Así, abatida todavía por la partida irreparable, la joven de veintisiete años veía pasar sin mayor gracia y novedad los días desde los amplios ventanales del Café Paris en la Sede de Gobierno. Pero no fue hasta la llegada de un forastero de aspecto teutón, alto y fornido como la gente nórdica, cuando la melancólica joven volvió a dibujar una sonrisa en el rostro y a pintar nuevamente con colores vivos y naturales los días de su juventud. Sólo tres días necesitaron Rosa y Nerone para jurarse amor eterno y así, juntos, traspasar los portones de la iglesia augurando una noble y ejemplar vida conyugal. Nerone pasó a presidir las riendas de la mina Cruz Roja y, para completar la dicha que le inundaba el espíritu, tuvo tres hijos: Flavio, Eliana y Renato. Nerone finalmente cumplió su sueño y por ello su espíritu encomiable le rendirá gratitud eterna a la tierra boliviana.